

Poesía para orar en el día de la Ascensión del Señor*

1) *¿Y DEJAS, PASTOR SANTO?*

(Fray Luis de León)

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
en soledad y llanto;
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados
y los ahora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de ti desposeídos,
¿a dónde volverán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura
que no les sea enojos?
Quien gustó tu dulzura,
¿qué no tendrá por llanto y amargura?

Y a este mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
al fiero viento, airado,
estando tú encubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?

Ay, nube envidiosa
aún de este breve gozo, ¿qué te quejas?
¿Dónde vas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!

Amén.

2) *NO; YO NO DEJO LA TIERRA*

(José Luis Blanco Vega)

«No; yo no deajo la tierra.
No; yo no olvido a los hombres.
Aquí, yo he dejado la guerra;
arriba, están vuestros nombres».

¿Qué hacéis mirando al cielo,
varones, sin alegría?
Lo que ahora parece un vuelo
ya es vuelta y es cercanía.

El gozo es mi testigo.
La paz, mi presencia viva,

que, al irme, se va conmigo
la cautividad cautiva.

El cielo ha comenzado.
Vosotros sois mi cosecha,
el Padre ya os ha sentado
conmigo, a su derecha.

Partid frente a la aurora.
Salvad a todo el que crea.
Vosotros marcáis mi hora.
Comienza vuestra tarea.

Amén.

3) OH JESÚS, REDENTOR NUESTRO

(Liturgia de las Horas)

Oh Jesús, Redentor nuestro,
nuestro amor y nuestro deseo,
que siendo el Artífice divino del mundo,
te encarnaste al llegar
la plenitud de los tiempos,

¿Qué bondad te venció
para cargar con nuestras culpas
y padecer una muerte ignominiosa,
librándonos a nosotros de ella?

Penetrando en las estancias del Infierno,
redimiste a tus siervos cautivos,
y ahora, después de tan noble triunfo,
estás sentado, victorioso,
a la derecha del Padre.

Te pedimos que te sientas
urgido por tu amor
a perdonar benignamente
los pecados de los que
anhelamos ser saciados algún día
con la contemplación de tu Rostro.

Tú eres, Señor, nuestra alegría
y el premio que en un futuro esperamos;
sea para Ti nuestra alabanza y nuestra gloria,
por todos los siglos de los siglos.

Amén.

4) OH ETERNO REY ALTÍSIMO

(Liturgia de las Horas)

Oh eterno Rey altísimo
y Redentor de los fieles,
por el que la muerte parece aniquilada, y
se da el triunfo de la gracia.

Al ascender al tribunal,
y ocupar la diestra del Padre,
recibiste, no de los hombres, sino de lo alto,
la potestad sobre todas las cosas,

De modo que la triple máquina,
del cielo, de la tierra, y del infierno,
sumisa ante Ti, doblara su rodilla.

Los mismos ángeles se estremecen,
viendo de qué modo ha sido trocada
la suerte de los mortales:
la carne peca, pero también la carne redime,
pues el Verbo de Dios reina, hecho carne.

Sé Tú, Señor, nuestra alegría
y nuestro premio eterno en el cielo,
que gobiernas la fábrica del mundo
y superas los gozos de la tierra.

Nosotros, mientras, entre súplicas,
te rogamos que perdones
todas nuestras ofensas y,
con el auxilio de tu gracia,
elevas hacia Ti nuestros corazones.

Para que cuando aparezcas,
de súbito, como juez,
en una nube resplandeciente,
no tengas en cuenta las penas que merecemos,
antes bien, nos devuelvas la corona que perdimos

Y hoy, Jesús, en el día
que asciendes a los cielos,
sea para Ti toda nuestra gloria y nuestra alabanza,
con el Padre y el Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos sin término.

Amén.

5) YA COMIENZA A RELUCIR ESTE DÍA SAGRADO

(Liturgia de las Horas)

Ya comienza a relucir este día sagrado,
ardientemente deseado por todos,
el día en el que Cristo, nuestra esperanza,
asciende a lo alto del cielo.

Tras la victoria con la que concluyó
aquel gran combate,
el Príncipe de este mundo
fue definitivamente derrotado,
y el Señor presenta
ante los ojos de su Padre,
su Humanidad triunfadora y gloriosa.

Esa nube resplandeciente que le lleva al cielo,
trae a los fieles la esperanza de que,
por fin, ha quedado abierto el Paraíso,
que Adán y Eva habían clausurado.

¡Qué alegría tan grande resulta para todos,
saber que el Fruto de la Virgen,
tras los salivazos, los azotes y la Cruz,
ha pasado a ocupar la diestra de Dios Padre!

Demos gracias, pues, a Dios,
Autor de nuestra salvación,
porque ha llevado este limo,
del que estamos hechos,
hasta lo más alto de la mansión del Cielo.

Y puesto que a los Bienaventurados
se les mostró y de nosotros
no se ha apartado,
síntámonos solidarios
en la participación
de un mismo y perenne gozo.

En esta hora en la que Tú, Señor,
asciendes al cielo,
lleva nuestros corazones contigo,
infundiéndoles desde lo alto tu Espíritu,
que es también el del Padre.

Amén.

6) LA TARDE DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

(Carlos Bousoño)

Era la luz sobre la tarde,
última tarde triste y plena.
Yo lo recuerdo. Tú descendías.
Era la luz triste y serena.

Subías dulce y amoroso
como un envío de la tarde buena,
y a la luz serenabas, como un monte
la tarde puede serenar inmensa.

El mundo todo era un murmullo;
suave dolor, gemido era.
Ibas entre los aires delicado
bajo la primavera.

Yo lo recuerdo. Una voz dijo:
«Fue como luz sobre la tierra».
Luego el silencio invadió el aire
ensombrecido de tristeza.

Desde la tierra un niño contemplaba
apagándose arriba tu presencia.
Luego miró el crepúsculo, los campos.
Pasaba un ave. Tarde lenta.
Amén.

7) LA ASCENSIÓN DE NUESTRO SEÑOR

(Alberto Lista y Aragón)

Himnos de honor las puertas eternas
resuenan: el empíreo «gloria» clama:
gloria el inmenso espacio reverbera.
Los giros celestiales
deja, luciente sol: más pura llama
que la que crece en tu inmortal hoguera,
los cielos dora: el Redentor glorioso
asciende vencedor esclarecido:
su nombre aplaude el pueblo redimido
en cántico gozoso.

«Elevad», canta, «príncipes celestes,
las puertas elevad: los atrios de oro
abrid a vuestro rey: al rey triunfante
abrid, aladas huestes.»

Y «¿quién es nuestro rey?» el santo coro
entona en las almenas de diamante.

«El fuerte, el grande, el Dios de la victoria:
abre, oh cielo, tu alcázar refulgente,
de las virtudes el señor potente
es el rey de la gloria».

Ya, ya la puerta del empíreo gira,
sobre el áureo quicial, y del Inmenso
descubro la mansión. ¿Voces mortales
la dirán? tú inspírame,
querubín, y cantaré. Fulgor intenso
circula por las gradas eternas;
el padre Dios la inaccesible cima,
velado de su ser, augusto mora:
brota a sus pies la llama engendradora
que cielo y tierra anima.

El hijo de María entra glorioso,
de angélicas escuadras aclamado,
formándole su grey noble corona;
y el hombre venturoso,
en la mansión celeste ya heredado,
el himno alegre de victoria entona.
«¿Quién sube del Eterno al solio santo?»
«El varón de inocencia, el justo, el fuerte:
el que bajó, triunfando de la muerte,
al reino del quebranto».

Enamora los cielos su mirada,
y cual la luz de la naciente
aurora vence el sol del cenit, su frente brilla
de triunfo coronada.

Postrado el ángel su beldad adora
y el abrasado serafín se humilla:
del Eterno a la gloria merecida
sobre cielos de cielos se levanta,
y el trono huella con sublime planta
del Padre de la vida.

«Padre», dice (y los orbes enmudecen
para escuchar su voz) «vencí: la tierra
liberté ya de su enemigo eterno.

No en ella se enfierecen
ya los querubes pérfidos, que encierra,
ligados por mi diestra, el hondo averno.
En los torrentes de mi sangre yace
su maldad extinguida y tu venganza:
y el mortal abatido a la esperanza
y a la virtud renace».

«Libres vienen, mi triunfo acompañando,
los siervos de la antigua tiranía.

Tu imudable decreto ya he cumplido:
Ahora el supremo mando,
la gloria, el esplendor, la gloria mía,
la que me diste ante los tiempos, pido.
Yo te ensalcé en la tierra: la criatura
por mí tu augusto nombre allí bendice».
Habló el Hijo eternal; y así le dice
el Padre de la altura:

«Ven, hijo de mi ser, triunfa y domina:
yo vi tu humillación, tu triunfo ahora
cielo y tierra verán. El monstruo impío
de tu planta divina
será vil escabel. Pide, y la aurora
y el ocaso serán tu señorío».

Dijo: de nuevo el cielo se alborozaba
en himnos; y en su seno reclinado,
el gran Jehová recibe al hijo amado
y eterno en él se goza.

¡Gloria al Padre! ¡Gloria al Hijo!
¡Gloria al Espíritu! Amén.

8) ASCENSIÓN I/II/III

(Emma-Margarita R. A.-Valdés)

I.

Jesucristo, el Ungido, sube al cielo,
deja al mundo en su paz, su cercanía,
en cuerpo y sangre está en la Eucaristía
y es el sustento del piadoso anhelo.

Arrastra con la estela de su vuelo
la esclavitud y la melancolía,
recuperan los seres la alegría,
convierte en esperanza el desconsuelo.

Por milagro de amor se da cautivo
en el pan y en el vino consagrados;
es el legado de su despedida.

Por su entrega total bajo el olivo
enraíza en desiertos rescatados
y es el Camino, la Verdad, la Vida.

Gloria al Padre, y al Hijo,
y al Espíritu Santo. Amén.

II.

¡Resucitó! ¡Jesús resucitó!
¡Aleluya! ¡Hosanna en las alturas!
Ha encumbrado la tierra a las venturas
perdidas por la carne que pecó.

En el principio Dios lo prometió.
Su brisa recorrió zonas oscuras,
y su espíritu en las entrañas puras
de la Virgen María se encarnó.

Asciende victorioso el Sembrador,
su deidad ha quedado esclarecida,
es el Mesías Bienaventurado.

Es el Hijo alabado, el Redentor
del alma esclavizada, envilecida
en el abatimiento del pecado.

Gloria al Padre, y al Hijo,
y al Espíritu Santo. Amén.

III.

Nació Jesús del barro desahuciado
con energía resucitadora,
fue rocío engendrado en alta aurora,
es príncipe en el árbol venerado.

Sobre montes y mares se ha elevado
dejando la Señal libertadora,
en el Sagrario es Vida ensalzadora,
y a la diestra de Dios está sentado.

Es justicia en la bóveda celeste,
vestido de poder y majestad,
y su Nombre supera todo nombre.

Es Rey de Norte a Sur, de Oeste a Este,
espléndido derrama caridad
y reza alegre el corazón del hombre.

Gloria al Padre, y al Hijo,
y al Espíritu Santo. Amén.